

I

Una tarde, mil doscientos pies por encima del valle, dos personas descansaban sentadas a la sombra de un pino solitario. Eran Gabriel Vadum y la señora Ingrid. Iban de camino a casa después de una excursión a las montañas. Como desde una nube, miraron hacia la vasta llanura que se extendía debajo de ellos en medio de una niebla parpadeante. Podían distinguir con precisión cada una de las casas del pequeño pueblo donde vivían actualmente. Visto desde las alturas, parecía un conjunto de colmenas. Cerca de la ciudad se conducía un puente cerrado sobre el desagüe de la montaña sobre una serie de altos pilotes, alrededor de los cuales la corriente espumaba, formando una pequeña cascada.

Gabriel Vadum había dejado su sombrero a un lado, sobre el brezo. Era un hombre grande y corpulento bien entrado ya en la treintena, con una barba castaña oscura que le llegaba hasta el pecho. Uno de los muchos rayos de sol a la sombra del pino impactó sobre su mejilla, brilló a través de su oreja y se extendió como un esmalte sobre su frente abombada y su coronilla semicalva. Mantuvo ambas manos aferradas al puño de su bastón y miró al frente con expresión de sufrimiento.

Un par de veces, sus pequeños ojos oscuros se habían vuelto inquietos hacia la señora Ingrid que, sentada inclinada hacia delante y apoyando la barbilla en una mano, contemplaba pensativa el valle. Su otra mano descansa

sobre la rodilla de él. En esa postura había permanecido sentada durante mucho tiempo sin decir nada y sin percartarse de las miradas vigilantes de su amigo.

Ella era unos diez años más joven que él, de compleción ligera, con algunas pecas en la frente debido al sol del verano, pero de facciones hermosas y regulares. También sobre ella caían como salpicados algunos rayos de sol, que temblaban en su vestido como animalillos. Alrededor de su cabello, de un rubio rojizo, se había atado un velo blanco que le cubría la parte posterior de la cabeza como un pequeño gorro con un gran lazo en la nuca.

«¿En qué piensas, Ingrid?» le preguntó Gabriel Vadum.

Ella despertó. Lentamente levantó la cabeza y la dejó caer pesadamente sobre el hombro de Gabriel.

«¡En que te quiero!» dijo, cerrando los ojos.

Gabriel Vadum la rodeó con el brazo y acercó la mejilla a su frente; pero su rostro no cambió su expresión preocupada. Y nuevamente se sentaron en silencio durante un rato, mientras el murmullo de un arroyo de montaña abajo en el bosque les llegaba a través del silencio.

• • •

—Dime una cosa, Ingrid, vi que recibiste una carta esta mañana. ¿No era de la casa del párroco?

—Sí.

—¿Les pasa algo a sus hijos?

—¿Por qué piensas eso?

—Me ha parecido notarlo en ti. Ingrid levantó la mirada.

—¿Ah, sí? Bueno, entonces mejor te lo cuento tal y como es. Los dos han tenido sarampión. Han estado bas-

tante mal. Pero ya se han recuperado del todo. Kaare ya ni siquiera guarda cama. ¡Es verdaderamente como un pequeño oso, ese chico!»

Ella había retirado la cabeza de su hombro y se puso a atar el velo alrededor de su cuello, donde se le había deshecho el lazo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¡Ay, Gabriel! ¡Tengo la sensación de que en estos momentos ya tienes suficiente con tus propios problemas, amigo mío!

—Pero ya ves que no sirve de nada querer ocultarme algo.

—Esa no era mi intención. Simplemente no quería decirte nada al respecto hoy. ¿No te has dado cuenta de qué día es? No, probablemente no lo has hecho".

—¿Hoy?. Déjame pensar. ¿No es el veintisiete de agosto?

—Sí. Hoy hace exactamente un año recibí la carta tuya que hizo que me decidiera. Así que, en cierto modo, es nuestro aniversario de compromiso. Me escribiste que si no recibías una respuesta mía en dos días, te irías y no volverías nunca más.

Gabriel tomó su mano.

—Por eso me he encontrado esas rosas tan grandes y hermosas rosas en mi escritorio esta mañana.

—Sí. Pero no debes lamentar que no recordaras el día. Entiendo perfectamente que no tenga el mismo significado para ti que para mí. Nuestra relación era tan diferente entonces. Por cierto, ¿te he contado alguna vez que aquella mañana fui hasta el final del camino de mi casa para esperar al cartero? ¡Estaba tan segura de que habría una carta tuya! Desde por la mañana había sentido tal inquietud que no